RELATO CHIPRIOTA (*)

POR

AQUILES EMILIO

Ofrecemos al lector un relato de la isla de Chipre. Su autor, Aquiles Emilio (doctor A. K. Aimilianiles en la vida civil) es una notable personalidad en la vida cultural de la isla. Abogado, escritor, autor de poemas en prosa, de cuentos, de un libro sobre el carácter nacional griego de la isla, se esfuerza por crear una literatura en la que el griego de Chipre dé su nota personal. Como hace años decía el ilustre novelista griego Gregorio Xenópulos, al presentar el libro de cuentos al que pertenece el que publicamos traducido al castellano, en nuestro autor encuentra su propio acento en la literatura griega dialectal la isla de Chipre.

La actualidad política, sin duda, da en estos momentos mayor interés a esta muestra de la literatura chipriota.

A. TOVAR

TRULINÓ

En Máratho y Trulinó
encontraron una mañana
mil mujeres viudas.

(Antigua canción popular.)

Cuando habíamos hablado ya de todo aquella tarde de agosto en el cafetín de la aldea; cuando la charla se estaba apagando y nosotros nos quedábamos a solas con el gorgoteo de los narguiles y el ruido que hacía el arroyo al correr, el maestro nos sacó de la difícil situación. Desde lejos vió al viejo Stamatis, el pastor, el anciano del lugar, que sabía los más lindos cuentos, y lo llamó:

—Barba Stamatis, ven a contarnos de Trulinó; ven y te invitaremos.

No necesitó muchos ruegos el viejo Stamatis, puesto que le invitamos a café y narguile. Apoyándose en su cayado vino hacia nosotros, subió al estrado donde estábamos sentados y nos dió las bue-

(*) Agradezco a mi amigo P. Kyprianou su ayuda en la revisión de esta traducción.

nas tardes. Procuró acomodarse lo mejor que pudo en dos o tres sillas, ordenó con su calma cómo debían estar el café y el narguile, y después, con una altivez que mostraba a un hombre que sabe que los demás lo necesitan, se volvió hacia nosotros. Bebió un par de sorbos y comenzó con su voz lenta:

—Esto que os voy a decir ahora no lo vi yo, ni mis padres, sino que ha llegado a nuestros oídos desde los antepasados, porque la historia de Trulinó es vieja, muy vieja, del tiempo en que los turcos se apoderaron de Chipre y expulsaron a los venecianos.

"Allá arriba—y con su mano indicó en una dirección—, encima de las ocho cimas, se levantaba una gran ciudad que llamaban Trulinó; hoy, si llegáis allá, no encontraréis sino piedras unas encima de otras, muros medio derruídos, ortigas y hierbajos. Pero en los tiempos de Venecia la famosa, en Chipre era Trulinó la mayor ciudad de nuestro país. Adornada con todas las galas, estaba llena de iglesias góticas y bizantinas, fontanas, palacios y grandes plazas para las fiestas y las ferias. En cada fiesta, en cada día señalado, en los campanarios, en los palacios, en el castillo, la bandera con el león mostraba cómo Trulinó era veneciano, y los venecianos decían siempre a los nuestros, para hacerlos rabiar: "Primo veneziani e poi cristiani."

"Los tapices con fantásticos colores y los exóticos adornos, junto con los bordados de las mujeres, eran dos cosas para las que se encontrarían en Trulinó los mejores artistas.

"Sin embargo, entre los cristianos ortodoxos y los venecianos duraba un gran odio, y los venecianos, para desahogarse, imponían a los nuestros tributos y gabelas; pero no conseguían su fin, porque los ortodoxos siempre quedaban por encima, como el aceite. Construían los venecianos una iglesia, un palacio para el capitán y los oficiales, y los nuestros levantaban otra iglesia igual y más hermosa y un palacio para nuestro archimandrita (1).

"Los venecianos iban a reventar de rabia, hasta que un día llamaron a artistas excelentes y famosos maestros desde Venecia la Serenísima para construir una iglesia que jamás pudieran los ortodoxos igualar. Tres años trabajaron en hacerla, y cuando se terminó, los nuestros se quedaron con la boca abierta. Estaba adornada por dentro con santas imágenes hechas en Venecia, y con estatuas por fuera, y era como de magia. Puerta no aparecía ninguna, y había

---

(1) La manifestación del espíritu religioso en la construcción de iglesias perduró durante el dominio veneciano en Chipre, donde se observa, especialmente en las aldeas de Marathasi, en las cercanías de Trulinó, una abundancia de iglesias desproporcionada al número de habitantes.

de conocerse el misterioso portillo para poder pasar al interior. La iglesia estaba dedicada a la Virgen, porque fué consagrada el quince de agosto, y también en quince de agosto fué destruída. Pero para no andar perdiendo el tiempo, la iglesia de la Virgen estaba cubierta de plomo de un extremo a otro, y la llamaban la Virgen del Techo de Plomo, y parecía en ruinas y sin consagrar a los que no sabían el secreto.

"Cuando se terminó, los venecianos hicieron una gran fiesta fuera. Después de la misa, que dijo el cardenal, enviado de Roma, hubo un gran baile y banquete hasta la medianoche. El gobernador dió la libertad a cincuenta encarcelados, y por la noche fueron con lámparas y antorchas por todo Trulinó y festejaron su gran alegría e hicieron rabiar a los nuestros.

"Abajo, hasta Karavostasi (puerto en la parte norte de la isla), en el mar, se veían las luces y la gente, y el que no lo sabía pensaba que había ocurrido algún gran mal. Los ortodoxos se ofendieron, y no dejaron enfriarse la cosa muchos días: los jefes iban al archimandrita, y pensaban el modo de sobrepasar a los venecianos. Enviaron, además, un hombre al prelado de Nicosia para preguntarle qué debía hacerse.

"Mil planes hacían en su mente; pero no pudieron poner en práctica ninguno, porque al poco tiempo, un miércoles, a la entrada del mes de julio, una terrible noticia llenó todo el pueblo: los turcos llegaban; a Pafos habían llegado ya las galeras turcas. Hombres que habían venido de aquella parte decían que habían visto por la noche grandes luces en el mar.

"En pocas horas, toda la plaza de la Virgen del Techo de Plomo, delante del palacio del gobernador, se llenó de gentes de toda condición. Los hombres habían dejado su trabajo, las mujeres habían cogido (las que los tenían) a sus criaturas en brazos y los viejos (hasta los de cien años) habían llegado renqueando hasta allí, y en aquella confusión de gente no se hubieran podido separar los ortodoxos de los venecianos. Todos eran unos, y los pechos de todos estaban oprimidos por la misma turbación y agonía, como no la habían visto en su vida. En el gran balcón del palacio apareció el gobernador, con el capitán y todos los oficiales; dijo algunas palabras tranquilizadoras, y que enviaría a buscar socorros a Famagusta y a Nicosia; no obstante, debían todos volver a sus tareas, pero que tuvieran cuidado y los arcabuces preparados para si se presentaba la ocasión de utilizarlos.

"Y cada día amanecía con la misma agonía y peor. Temerosos

mensajes se oían hasta la mañana, cuando la cosa ya era bien clara: en Karavostasi aparecieron las galeras turcas.

"¿Qué sucedió en Trulinó? No puedo decíroslo. La gente estaba alborotada: los hombres corrían por las calles como locos, las mujeres tomaban sus joyas y los niños sus juguetes, los viejos tropezaban y caían al suelo, sin que nadie corriera a socorrerlos; todos buscaban salvar su pellejo. Hacia mediodía vino una orden: "Que se reúnan todos los que puedan llevar un arcabuz en la plaza de la Virgen, ortodoxos y venecianos, y que estén dispuestos a marchar a Kato Khora dos horas antes de la puesta del sol para atacar a los turcos antes que suban a las montañas."

"Y así fué. Las madres se separaron de sus hijos, las mujeres de sus maridos, y hombres que eran como el perro y el gato y no se habían dicho una palabra en toda su vida se daban las manos, y los más piadosos, para si les iba bien como si les iba mal, quién lo sabe, tomaron la santa comunión, a fin de no pasar como condenados al otro mundo.

"Al atardecer, la muchedumbre se dirigió entre lamentaciones de adiós hacia Kato Khora para luchar contra el turco.

"Muchos días pelearon como los leones que están pintados en la bandera veneciana, de manera que los turcos no podían rechazarlos un palmo de tierra hacia atrás. Pero los bravos guerreros necesitaban pan para comer y pólvora para llenar su arcabuz, porque sin esto nada se puede hacer. Los cuerpos sin cañones no valen un ochavo. Y los alimentos disminuían de día en día, la pólvora se agotaba y, lo peor de todo, de nadie esperaban socorro.

"Y cuando dispararon su último tiro, cuando los arcabuces se quedaron sin pólvora y había que tirarlos, cuando nuestros bravos luchaban sólo con hondas y piedras, el gobernador mandó ante el pachá a su hijo con dos oficiales a pedir la paz y a entregarle las llaves de Trulinó, con el acuerdo de que dejase marchar a los que quisieran y a los demás no hacerles daño.

"El pachá hizo al principio como que no quería; pero después aceptó, porque quería adelantársele en ocupar a Trulinó al hijo del capitán pachá, que había llegado a Pafos y se acercaba por aquella parte. En una bandeja de plata le llevaron las llaves de Trulinó, y el gobernador, con su familia y los demás oficiales venecianos, se preparó para marcharse a Nicosia y desde allí a Famagusta. No consiguió, sin embargo, marchar, porque los apresaron a todos por orden del pachá, y aquella misma noche, después de atormentarlos con los más duros martirios, por fin los desollaron vivos, y junto

con ellos degollaron a otros doscientos escogidos, los más ricos del lugar, para robarles sus riquezas.

"En Trulinó, en cuanto se supo la noticia de que venían los turcos, las mujeres, siempre cobardes, por lo que pudiera ocurrir, se encerraron todas las que cabían en la iglesia del Techo de Plomo, y fuera no permanecieron en la ciudad sino algunas viejas y algunos viejos que nada temían de los turcos y las mujeres y niños que no habían podido encerrarse en la iglesia.

"Cuando llegó el pachá con toda su gente procuró festejar su gran victoria, y ordenó que le llevasen a Giácumo, el violinista (Dios le perdone), y a Jerólimo, el tocador de laúd, un músico ciego de sesenta años, para mantener el ritmo en el baile y tuviesen acompañamiento en los cantos. Ordenó, además, que trajeran a los clarines con sus tambores para el baile de los derviches.

"Sentado en un tapiz persa, con las piernas cruzadas en medio de dos lindas circasianas, las más hermosas de su harén, fumando con su larga pipa miraba a los bailarines. Toda la plaza estaba llena de sarracenos y de arnautes; la plaza que antaño, en las fiestas y ferias, se llenaba de cristianos ortodoxos y venecianos y de muchachas esbeltas, adornadas con oro y diamantes.

"Comenzó el baile, y los instrumentos. El viejo Giácumo, con su voz vieja y cascada, cantaba los pareados, que en su tono coreaban los infieles sin entender nada; un baile loco, baile de ebrios, cuando de repente, en medio de la canción, se oyeron como lamentos de niño, algo como una voz humana que salía de un pozo. Nadie le concedió atención; pero cuando de nuevo, al poco tiempo, se oyó más fuerte, el pachá ordenó a dos o tres soldados que miraran en las casas de alrededor qué ocurría. Pero no era en ninguna casa; venía de los niños que estaban encerrados con sus madres en la iglesia de la Virgen del Techo de Plomo, muertos de hambre, y que esperaban se fuera el pachá para asomar la nariz.

"Los soldados volvieron con las manos vacías, y, sin embargo, el llanto duraba siempre, y no sólo uno, sino que ahora eran muchos a la vez. Los turcos no sabían qué imaginar: la Virgen del Techo de Plomo parecía siempre en ruinas, y el pachá iba a quedar atónito. El baile, sin embargo, seguía, y Jerólimo, cantando, elevó su voz al diapasón, y con el mismo tono del pareado cantaba:

Madre, ahoga al niño
para salvar la vida.

"Lo entendieron en seguida, y el pachá tiró con ira lejos su pipa y rechazó a sus mujeres.

"—Que cese el baile—ordenó, y, mostrando al viejo musicante, llamó a los verdugos y les dijo que lo atormentaran lo peor que pudieran, junto con su compañero.

"Trajeron hachas y palanquetas, derribaron la iglesia y arrancaron de su interior a los que se habían ocultado. Lo que sucedió entonces fué tal que no lo querríais ni aún para el peor enemigo. Durante una semana entera duró el degüello, el deshonor de las mujeres, y ni a los viejos siquiera dejaron sin hacer daño, y el famoso Trulinó estuvo nadando en sangre durante muchos días, y cuando ya se cansaron de atormentar y degollar, prendieron fuego y quemaron de punta a punta a Trulinó, la gran ciudad, con sus iglesias, palacios, fontanas, plazas y sus galas de toda suerte, y así la dejaron en cenizas, y hoy no queda de ella sino sólo piedras y ruinas.

"Mi abuelo, hombre santo (Dios le perdone), me decía cuando yo era pequeño que en la medianoche se oían hacia Trulinó como voces de mujeres y como lamentos de niños, y que por eso ningún pastor osaba pasar la noche allá arriba. Pero hoy, cuando se ha olvidado la historia de Trulinó y el mundo es una mentira, nadie lo cree, y si lo contamos se burlan de nosotros los ilustrados."

Esta fué, señores míos, la historia de Trulinó. Y aquí terminó su relato el viejo Stamatis.

Traducción de Antonio Tovar.
Universidad de Salamanca.
SALAMANCA.